

ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL EN EL URUGUAY DE POST GUERRA: UNIDADES IMAGINARIAS, FRAGMENTACIONES EXCLUYENTES E INCLUSIONES PRECARIAS.

(notas para una investigación)

FRANCISCO PANIZZA

Como dice José Nun (1987), la historia no tiene otra inteligibilidad que aquella que procuran conferirle quienes la narran. En el caso de nuestra historia política de la segunda mitad de la década del ochenta, su inteligibilidad estaría dada, en la mayoría de las narraciones, tanto académica como cotidianas, por el pasaje de la dictadura a la democracia, aunque pueda haber considerables diferencias en la forma en que esta transición ha sido concebida y valorada.

Como toda narrativa evolucionista esta corre el peligro de ser, a la vez, plausible y misticadora. Plausible, porque corresponde con nuestra experiencia cotidiana de cambios políticos e institucionales de importancia, signados por una ampliación de los espacios de libertad política, vigencia de la ley y posibilidades de participación ciudadana. Misticadora, porque parte de un concepto de tiempo lineal y no relacional, estructurado en torno a un punto de partida y otro de llegada que funcionan como cierre de un espacio esencialmente abierto e indeterminado.

En este breve trabajo quisiera sugerir ciertas formas de concebir la relación estado-sociedad civil en el Uruguay contemporáneo

que evite, en lo posible, las trampas del evolucionismo y que sea capaz de dar cuenta de la compleja articulación de tiempos históricos y espacios políticos que construyen la historia del presente. Es así que la gran continuidad histórica de la formación política uruguaya, que se expresa no sólo *a pesar* de la ruptura del orden constitucional, sino *sobre todo* en las formas específicas que se da esa ruptura y su posterior reinjerto en el orden constitucional, puede desde esta perspectiva ser cuidadosamente examinada como misticadora de un "inmovilismo de las apariencias".

En esta articulación de tiempos históricos se condensan por lo menos tres dimensiones diferentes, no separables pero claramente distinguibles, que sobredeterminan la relación estado-sociedad civil. La primera es la derivada de las características que adquirió el proceso de transición del régimen militar al gobierno civil. De ellas se derivan una serie de límites específicos tanto en los modos de confrontación como en las formas de organización del consenso propias del período. La segunda dimensión es el resultado de los cambios resultantes de las grandes transformaciones históricas producto de la aceleración del tiempo histórico de la última década y la forma en que ello ha afectado los grandes mitos políticos decimonónicos: Nación, so-

* Profesor de Ciencia Política
Investigador en ICP

beranía, estado, clase, etc. La tercera es el resultado de la crisis histórica de largo alcance de la formación política uruguaya y de los sucesivos fracasos —de los cuales el de los militares es sólo el último de ellos— de los intentos de lograr su recomposición. (1).

En las páginas que siguen me referiré fundamentalmente a esta tercera dimensión constitutiva del espacio político actual, aunque hacia el final del trabajo se harán algunas referencias a las otras dos.

1. El imaginario neobatllista

Todo punto de partida de una narrativa es últimamente arbitrario y este también lo es. En el caos uruguayo la enorme influencia del batllismo temprano sobre la vida del país lo constituyó, durante mucho tiempo, en punto de arranque casi natural para los análisis en clave histórica de la formación política uruguaya. Creo sin embargo que para el análisis de la relación estado-sociedad civil en el Uruguay contemporáneo hay buenos motivos para tomar como punto de arranque el "segundo batllismo" (que en forma totalmente convencional se llamará aquí neobatllismo), organizado alrededor de la figura de Luis Batlle hacia fines de la década del 40. Entre otras cosas porque el Uruguay, entonces como ahora, no estaba aislado del mundo y, también como ahora, la postguerra fue un período fundacional de grandes transformaciones políticas, sociales y económicas que caracterizaron una época que hizo crisis a fines de la década del 70.

Pero desde el punto de vista de este trabajo la importancia del período neobatllista radica en que es el momento en el cual la sociedad uruguaya llega a su posibilidad máxima de forjar una representación imaginaria de su unidad y de neutralizar, bajo el signo de la representación, los efectos de sus divisiones sociales e históricas (Leffort: 1986). Cuando se habla aquí del registro imaginario de representación de esa unidad no se está, por supuesto, ignorando la existencia de conflictos políticos y sociales en dicho período. Tampoco se está sugiriendo que dicha repre-

1. De alguna manera estas dimensiones han aparecido codificadas en los debates cruzados sobre modernización y reforma política y es probable que dominen el debate ideológico del futuro cercano.

sentación alcanzaría un éxito absoluto en neutralizar o tal vez deba decirse naturalizar los efectos de las divisiones sociales e históricas, en cuyo caso sería imposible explicar la crisis del neobatllismo. Lo que se está simplemente sugiriendo es que la sociedad uruguaya de la época mostró una altísima capacidad de incorporar los diversos actores sociales y políticos a un registro institucional y simbólico en el cual podían reconocerse positivamente como parte de un sistema relativamente unificado y estable de diferencias legítimas. (2)

Veamos ahora como operaba este registro imaginario tanto en sus dimensiones temporales como espaciales y cual fue el tipo de relaciones entre estado y sociedad civil a que dio lugar.

En lo espacial lo que caracteriza el registro imaginario del neobatllismo no es tanto una cierta idea del orden social, que ciertamente la tenía el neobatllismo, sino la reivindicación expresa del orden social como una necesaria construcción política en todas sus dimensiones. Ello se refleja en la identidad misma que el Uruguay, como país y como sociedad, tenía de sí mismo durante el período.

Como sabemos el batllismo se estructura desde sus orígenes como un discurso de fuertes contenidos racionalista y universalista que deja poco espacio para los elementos ideológicos propios del nacionalismo. Tampoco será característico de este discurso el identificar al Uruguay con categorías "metapolíticas" de tipo étnico, racial, religioso, etc.

Para el discurso neobatllista *el Uruguay será un producto temporal, contingente y políticamente producido*. En esta versión el Uruguay es lo que es (y lo es a la vez en el discurso oficial y en el popular, reproducido y modificado en la versión del "Uruguay feliz"), es decir *simultáneamente* diferente y mejor que otros países (y no solamente de los latinoamericanos) por ... "su legislación de justicia que nos ha colocado en un plano de mejor organización social";... "por nuestra libertad, nuestras instituciones y el régimen democrático que vivimos";... "por ciertas le-

2. La diferencia entre lo institucional y lo simbólico sólo puede tener un carácter analítico ya que lo institucional es simplemente una dimensión de lo simbólico con un alto grado de estabilidad relativa.

yes sociales que otros pueblos no tienen..." (3)

Espacio interior privilegiado construido políticamente, lo político se vuelve así coextensivo con la producción de un ORDEN SOCIAL. *En cuanto a práctica de producción de orden la política se confunde con la actividad de gobierno y su agente privilegiado será el estado:*

"Nosotros los que fuimos formados por los últimos aleteos de la filosofía liberal del siglo pasado y dimos los primeros pasos hacia la socialización de ciertas actividades del organismo social, comprendemos que tenemos que continuar este ritmo para encauzarlo por vías normales. Apresurarse a ser justo es asegurar la tranquilidad, brindarle al ciudadano los elementos principales y básicos para que tenga la felicidad de vivir y hasta él lleguen los beneficios del progreso y la riqueza. Apresurarse a ser justos es luchar por el orden y asegurar el orden". (4)

Como discurso del poder y de la sociedad que se constituye como hegemónico a partir del Estado, habrá en el neobatllismo una apropiación política de lo social: Todas las dimensiones de lo social son campos legítimos de la acción política a través del estado. Desde la moral privada y la religión a través de la legislación de divorcio, hijos naturales y la vieja prédica jacobina del batllismo temprano (casi completamente dejada de lado por el neobatllismo, debe admitirse), a la moral pública a través de la reivindicación del valor de justicia social, elemento este si importante en el neobatllismo. Desde la educación y la cultura a la economía, desde las necesidades cotidianas del cliente, a las nuevas instancias de agregación corporativa de intereses de los trabajadores, desde el reconocimiento a la igualdad ciudadana del sistema escolar a la protección del consumidor a través de los subsidios y precios diferenciales, todas las múltiples posiciones de sujeto (ciudadano, cliente, vecino, trabajador, estudiante, consumidor) que hacen a las identidades

3. Batlle, Luis, "Pensamiento y Acción" (Discurso y Artículos). Selección y notas por Santiago Rompani, Montevideo. Editorial Alfa 1965.

4. Ibid.

de los agentes sociales tienen una dimensión a la vez pública y privada.

Es esta doble dimensión de sus sujetos lo que diferencia al neobatllismo tanto del liberalismo clásico como de los proyectos totalizantes. Del primero porque el liberalismo clásico reivindica el carácter esencialmente privado de sus sujetos. De los proyectos totalitarios porque no llega la división entre estado y sociedad civil como afirmación de un orden social totalmente idéntico a sí mismo, transparente y homogéneo. Por el contrario el neobatllismo concibe a la acción estatal como de tutela y mediación sobre las relaciones sociales de los sujetos. Las nuevas instituciones de seguridad social, las formas de intervención económica, la creación de ámbitos de negociación corporativa fueron todas formas de construcción hegemónica en la que nadie tendría su identidad negada, pero todos deberían negociarla políticamente.

El neobatllismo constituye así el momento en que es posible imaginar a la sociedad uruguaya como un orden social de plena incorporación de sujetos, en la cual no hay un "Otro" a expulsar. Los antagonismos potenciales son transformados en sistemas de diferencias mediante la tutela estatal: Los brazos que trabajan son... "el más puro capital" y el capital, cuando no es injusto... "también es trabajador". (5)

Siendo lo económico parte integral de la sociedad civil, el proyecto económico industrializador del neobatllismo sólo puede ser comprendido a la luz de la relación entre política, estado y sociedad civil que lo caracteriza. Lo económico, y en esa medida también las clases sociales que se constituyen a través de las relaciones de producción de la época, no podrán ser nunca concebidas como separadas de lo político. Serán objeto de una intervención y construcción política y estarán a su servicio.

Pero el neobatllismo no constituye la unidad imaginaria de lo social solamente en una dimensión espacial, sino también en un desarrollo temporal. Para ello podrá reclamar por igual el pasado ("y a lo largo de este siglo quien ha hecho este país es el batllismo..."), el presente ("vivimos en una democracia perfecta") y el futuro ("lo que la hora exige es

5. Ibid.

entrar y formar parte de esta inmensa columna para orientar el movimiento, para dirigir las fuerzas, aunque para ello sea necesario acelerar la evolución"). En esta narrativa lineal de la historia, estado, partido, política y orden social son resultado de un protagonismo que se constituye como una variante específica de una de las narrativas de progreso: el liberalismo transformista. Como discurso político en esta versión del liberalismo la "igualdad ciudadana" deja de ser meramente una ficción legal del hombre abstracto del SXVII para insertarse en sus condiciones de vida concreta. En la clásica formulación de Marshall, es la expansión de la ciudadanía a campos cada vez más amplios de lo social y lo económico.

El neobatlismo fue por ello el momento de la máxima posibilidad de representación imaginaria de la unidad de lo social. Tuvo, como quizás en ningún otro momento de la historia de nuestro país la posibilidad de presentar esa unidad a la vez como actual y como horizonte realizable, el orden como algo a preservar pero también a construir.

2. Las narrativas de la crisis: fragmentaciones y totalizaciones excluyentes

Con un lenguaje que sólo se volvería familiar mucho más adelante, se puede afirmar que el neobatlismo de fines de la década del 40 y comienzos de la del 50 representó en el Uruguay el momento más pleno de la modernidad. En adelante las dislocaciones sociales políticas y económicas de la sociedad uruguaya se cristalizarían en una progresiva fragmentación del anterior orden simbólico y en sucesivos intentos de reconstituir su unidad imaginaria. Es esta, a mi juicio, la gran ruptura histórica de la moderna formación política uruguaya. El orden institucional seguirá siendo un espacio de equilibrios, cada vez más precarios, y de enfrentamientos crecientes en los cuales la política ya no estará en una relación de correspondencia total con el estado y la sociedad civil sino que se desplazará progresivamente del conjunto de relaciones institucionales para presentarse como formas de reconstitución imaginaria de la unidad de lo social externas a dicho orden.

Así como la unidad imaginaria de la época de auge del neobatlismo se construyó en su

doble dimensión espacio-temporal, sobre un sistema relativamente estable de diferencias legítimas, en este período la crisis del orden simbólico se manifestará en cada una de esas dimensiones. No voy aquí a intentar reconstruir las múltiples dimensiones de la crisis uruguaya de los últimos 30 años. Sólo quiero señalar que no creo que existan muchos otros ejemplos en la historia comparada de un dislocamiento tan grande, no sólo por lo que significó por su extraordinaria duración temporal, sino por lo que significó en cuanto quiebre y reversión de un discurso de progreso que la historia uruguaya había incorporado en las identidades colectivas de vastos sectores de la población.

En el período de auge del neobatlismo, como hemos visto, el estado uruguayo constituye el espacio social en términos de la doble dimensión, a la vez pública y privada de los agentes sociales. El período de crisis se caracterizará, a su vez, por la disolución del espacio público y por la proliferación de formas monistas y exclusionarias de intentar reconstituir la unidad de lo social.

Aunque durante el período neobatlista los espacios públicos no coincidieron con los límites institucionales del estado, sino con la habilidad del estado para, mediante sus estrategias de tutela y mediación, construir políticamente el orden social, en el período de la crisis esa habilidad desaparecerá casi totalmente y pasará a ser reivindicada con exterioridad al orden institucional.

La desaparición del espacio público: Estado, burocracia y capital

En cuanto espacio institucional, el ámbito de lo público es constituido por una serie de fronteras que delimitan su espacio como un ámbito relativamente unificado, diferenciado, autónomo y universalista, cuyos actores sociales son una burocracia orientada por una racionalidad instrumental y un gobierno que se asume a su vez como representando y constituyendo el interés general.

Estas fronteras son constituidas por la vigencia universal y abstracta de la norma legal, la separación entre economía y política, la distinción partido-gobierno y la separación gobierno-oposición. Es fácil percibir que ninguna de estas fronteras se constituye

eficazmente como tal en la formación política uruguaya del período. La norma legal pierde vigencia cotidiana ante la influencia de las relaciones particularistas, las maquinarias políticas partidarias se hacen indistinguibles de la estatal, la cual incorpora, a través de los mecanismos de neutralidad por equilibrio ponderados políticamente, oficialismos y oposiciones a sus propias estructuras de gestión y las propias fracturas internas del partido de gobierno significan que sólo pueda asumir una representación plural de intereses privados incapaz de constituir una imagen del interés general.

Si lo público no puede cristalizarse en el estado y los partidos tampoco podrá expresarse como gestión de una burocracia para la cual el discurso de la racionalidad formal nunca podrá imponerse totalmente, nunca podrá hegemonizar, el espacio de lo público como lenguaje de la Administración. En cambio la burocracia, en cuanto burocracia política creará sus propios juegos de lenguaje, códigos de reconocimiento, formas de interrelación a la sociedad civil y modos de recepción de sus demandas en las cuales las normas de la Administración Pública serán traducidas y reinterpretadas como parte de una vasta red de significaciones sociales que impedirán cualquier pretensión totalizadora del discurso de la racionalidad formal.

En cuanto este estado será cada vez más incapaz de expresar orgánicamente los compromisos y alianzas de clases que hicieron las identidades colectivas de los actores sociales durante el período neobatlista, igualmente será incapaz de actuar como unidad imaginaria del capital, como "capitalista colectivo". La falta de autonomía y densidad ética del apartado estatal uruguayo hace que no exista un espacio público consolidado en el cual se pueda establecer la hegemonía del capital, en la medida en que será imposible ocupar un espacio estatal caracterizado por su fragmentación y plena concurrencia. En la medida en que el estado se mostró incapaz de constituirse en un espacio para la unificación de las diversas fracciones del capital las racionalidades parciales y contradictorias de sus diversas fracciones impidieron la vigencia de una estrategia de acumulación capaz de superar la crisis del proyecto de sustitución de importaciones del neobatlismo.

En una sociedad que cada vez más se percibe a sí misma como profundamente fracturada y en la que las instituciones y los partidos perderán acentuadamente su capacidad de expresar el espacio de lo público, las instituciones existentes no consiguen ya fijar el sentido de la pluralidad de posiciones de sujeto de los actores sociales y transformar así en diferencias los antagonismos que se desarrollan cada vez más al margen de las relaciones institucionales existentes. La ciudadanía deja de incorporar posiciones de sujeto y se vuelve una identidad restringida.

Frente a la desagregación simbólica del orden social existente irán apareciendo nuevas formas de concebir la unidad imaginaria de lo social. Pero las mismas tendrán una configuración muy diferente a las concebidas durante el período neobatlista. Ya no estarán basadas en un registro simbólico de plena incorporación de sujetos como diferencias legítimas políticamente negociables, sino en la creación de un "Otro", cuya expulsión será condición necesaria para la reconstitución de la unidad perdida. Ese "Otro" adquirirá diversas identidades de acuerdo a las también diversas narrativas políticas dicotomizadoras de lo social que proliferan en la época. Pero el "Otro" adquirirá una negatividad más radical y externa cuanto más aguda se haga la crisis del orden social. Los sindicatos, el comunismo, la dependencia, la oligarquía, la subversión apátrida, "la patria para nadie" serán algunos de los "Otros" que harán parte de estos imaginarios políticos.

Pero mientras que la posibilidad de la expulsión del "Otro" como condición de unificación de lo social es siempre una tarea a realizar, surgen espacios y actores en los que esa unidad se presenta como actual. En un comienzo estos espacios unificadores no serán totalmente externos ni pretenderán asumir una representación total. Serán las formas políticas y sociales que asumen representaciones clasistas o los intentos de reconstitución institucional vía el fortalecimiento y autonomización del ejecutivo. Cuando las fracturas sociales y políticas llegan a su máxima radicalización los nuevos imaginarios de unificación de lo social se materializarán en las vanguardias, como condensación externa al orden vigente de una futura sociedad transparente y homogénea, en la que el pue-

blo o la Nación se sustraen tanto a la sociedad como al orden institucional.

Por otra parte, las fracturas del orden social y sus intentos de recomposición tuvieron, al igual que el registro imaginario del neobatlismo, su dimensión temporal. En ningún caso será ya posible concebir una continuidad lineal entre pasado, presente y futuro como la construida por el protagonismo batllista como narrativa del liberalismo transformista. El liberalismo no podrá ser más una narración sobre la gradual incorporación en el tiempo de nuevas dimensiones substantivas a la igualdad política formal de la ciudadanía. En las nuevas narrativas el pasado será la búsqueda de un momento fundacional cuya recuperación será imposible mientras se mantenga un presente concebido como su negación, en función de la irrupción del "Otro" *todavía presente*. Del mismo modo, el futuro no podrá estar unido al presente de una forma continua, homogénea y no problemática. El futuro deberá ser la superación del presente, la creación de un nuevo tiempo histórico que signifique la expulsión de la crisis como dislocación del orden simbólico.

Tanto en sus dimensiones temporal como espacial, la crisis como desaparición del espacio público en cuanto ámbito de unificación imaginaria de lo social y su sustitución por nuevos espacios de unificación extrainstitucional, significa que la política, como construcción (o recreación) del orden social pasará a ser *parcialmente* una dimensión externa tanto al estado como a la sociedad civil. Ni el estado, ni la sociedad civil podrán ser otra cosa que fragmentación de los cuales será necesario excluirse para pensarse como unidad en su doble dimensión de vanguardia y utopía. En este período la política se deberá sustraer tanto de la sociedad como del estado para poder actuar sobre el estado y la sociedad.

Pero es durante el período de gobierno militar que este proceso de separación entre política, estado y sociedad civil se manifiesta como *exterioridad total*. Es, coincidentemente el momento en que desaparece el espacio público para ser sustituido por la forma más radical de vanguardismo: el Ejército/Nación/Pueblo.

En esta nueva configuración el Estado, al igual que en el período neobatlista interviene

activamente en la sociedad civil, pero su intervención será de signo contrario. Mientras que en el neobatlismo la reivindicación del carácter políticamente producido del orden social significaba la afirmación de la doble dimensión pública y privada de los agentes sociales, la intervención del Estado durante la dictadura militar significa el intento de la total *privatización* de dichos agentes. Pero la eliminación de la política en el proyecto militar no tendrá carácter permanente. Una vez que el Estado reconstituya coactivamente a la sociedad civil podrá pensarse en una futura recuperación de la política como parte de un nuevo orden social ya reestructurado. En otras palabras, mientras que en el neobatlismo el orden social era una producción de la política, para los gobiernos militares la política será una producción del (futuro) orden social.

En tanto, en lo temporal, las dimensiones de esta nueva configuración aparecen también como una variación de la del período de la crisis. Hay continua referencia a un pasado atemporal y prepolítico como momento fundacional de la unidad encarnada en la Nación a la cual se intenta recuperar. Pero esa recuperación sólo será posible en la medida en que los "Otros Enemigos" sea expulsados de una vez y para siempre. Mientras tanto la sociedad anticipa en el presente su unidad futura en las propias Fuerzas Armadas, depuradas del "Otro" (como subversión pero también como corrupción y como sedición) y encarnación de la Nación/Pueblo. El presente contiene en sí mismo la anticipación de la utopía.

3. El momento de la democratización: Inclusiones precarias

El período posterior al retorno al orden constitucional se caracteriza por una nueva ordenación espacio-temporal de las relaciones entre Estado-política y sociedad civil. En una recuperación institucional que se hace bajo el signo de la continuidad histórica de los principales actores políticos y sociales, esta nueva configuración, sin embargo, difiere significativamente tanto de la vigente durante el período neobatlista como de las del tiempo de la crisis.

Frente al desplazamiento, en el período anterior, de la política, *en cuanto registro imaginario de la unidad de la sociedad uru-*

guaya, a puntos de condensación monistas, externos y excluyentes hay una reafirmación de su dimensión interna, plural e institucional. En la medida en que en los imaginarios del período anterior la unidad de lo social aparecía condensada en la doble dimensión de vanguardia y utopía se explica fácilmente el fuerte componente antivanguardista y antiutópico de esta recuperación institucional de la democracia.

Del mismo modo, frente a la negación, durante la dictadura militar, de la dimensión pública de la vida social, hay ahora nuevamente un reconocimiento del carácter a la vez público y privado de todas las identidades sociales. Aunque aparentemente sobre las mismas bases, esta doble recuperación del carácter político de lo social es, sin embargo, muy diferente en el discurso del actual gobierno del que lo fue en el del neobatlismo. Y ello es así porque no es posible para el actual gobierno Colorado recuperar una de las dimensiones mediante la cual el neobatlismo logró tener una alta capacidad de incorporación de actores políticos y sociales a un sistema institucional relativamente unificado y estable de diferencias legítimas.

La dimensión presente en el registro anterior y ausente en el actual es la posibilidad que tuvo el neobatlismo de producir una narrativa de progreso como desarrollo lineal y continuo de las formas de expansión de la ciudadanía. Esta narrativa suponía una expansión cada vez mayor del espacio de lo público y, por tanto una expansión cada vez mayor del Estado en la construcción política del orden social y una homogenización progresiva de la ciudadanía en cuanto la igualdad ciudadana se inscribía en nuevos ámbitos de lo social.

Por el contrario, lo que caracteriza el retorno a la democracia en el Uruguay es que es al mismo tiempo vivida como conciencia de la crisis y como fracaso de los intentos —incluido pero no sólo el de los militares— por superarla. Paradojalmente la democracia se presenta como una crisis de ciudadanía. Por el lado del Estado no se trata ya de la imposibilidad de la expansión de lo público sino de, por un lado, su creciente incapacidad de actuar como productor del orden social y, por el otro, de cumplir efectivamente con

aquellas dimensiones históricamente vinculadas al espacio público, en los ámbitos de la salud, la educación, la seguridad ciudadana, la justicia, la igualdad ante la ley y aún el barrido de calles.

La contrapartida a nivel de la sociedad civil es una ciudadanía cada vez más fragmentada no sólo por las crecientes desigualdades sociales sino por la también creciente desarticulación de identidades colectivas que en el pasado formaban parte de la dimensión expandida de la ciudadanía. En esta nueva coyuntura las identidades sociales tienen, cada vez más referencias supraetáticas o infraetáticas. Supraetáticas en la medida en que la expansión de las comunicaciones y la doble revolución financiera e industrial de la década del ochenta significa la creciente incapacidad del estado para controlar flujos de capital, información y de producción de bienes materiales y simbólicos tradicionalmente asociados con la soberanía. Infraetáticas en cuanto sectores de la población marginalizados o semi-marginalizados por razones ocupacionales, generacionales, económicas no tienen en el estado un interlocutor significativo.

Frente a este desplazamiento de la ciudadanía por la creciente fragmentación social en lo interno y por la aparición, en lo externo, de nuevas formas de identidad, relacionamiento y consumo independientes del estado se presenta una doble dislocación de la relación estado-sociedad con relación al período neobatlista. Por un lado un estrechamiento del estado en cuanto espacio público de reconocimiento de la ciudadanía, por el otro, una expansión de la dimensión pública de las identidades de los actores sociales sin un necesario referente estatal. En esta perspectiva los proyectos modernizantes serían un intento no de suprimir, como lo hizo la dictadura, pero sí de limitar la dimensión pública de toda identidad social y poder así controlar los espacios autónomos que ellas generan.

Bibliografía

- Nun, José, "La legitimidad democrática y los padecidos de familia". *Punto de Vista* N. 31 Año X, Noviembre/Diciembre de 1987.

Resumen

El artículo explora los cambios producidos en el imaginario político uruguayo entre la postguerra y los primeros años del retorno a la democracia. En su primera parte el mismo muestra como el discurso del "neobaillismo", en el poder desde fines de la década del 40 hasta mediados de la del 50, expresa la altísima capacidad de la sociedad uruguayo de la época para incorporar diversos actores sociales y políticos a un sistema relativamente unificado de diferencias legítimas. En su segunda parte el artículo muestra como las dislocaciones sociales, políticas y económicas de la sociedad uruguayo de fines de la década del 50 se cristalizan en una progresiva fragmentación del anterior orden simbólico y en sucesivos intentos antagónicos de reconstituir su unidad imaginaria. Finalmente, se muestra como en el momento de la democratización hay, por un lado, una reafirmación de las dimensiones plural e institucional de la política y, por el otro, la conciencia de una crisis de ciudadanía asociada a la creciente incapacidad del estado para actuar como productor del orden social. El trabajo concluye sugiriendo que el resultado es una creciente desarticulación de las identidades colectivas que en el pasado formaban parte de la dimensión ciudadana y la aparición de nuevas formas de identidad, relacionamiento y consumo sin referencias al estado y al espacio de lo público.

Abstract

The article analyses the changes in Uruguay's political imaginary in the period between the post war and the first years of return to democratic rule. It consists of three parts. In the first one it is shown how the discourses of then ruling "neobaillista" fraction of the Colorado party expressed the remarkable ability of Uruguayan society to integrate its members into a relatively unified system of legitimate differences. The second one shows how the socio-economic and political dislocations of the 1960s and 1970s led to a progressive fragmentation of the symbolic order and to different and ultimately incompatible attempts at reconstituting the imaginary unity of Uruguayan society.

Finally, the third section shows how the return to democratic rule in the mid 1980s resulted, on the one hand, in a renewed emphasis on the pluralistic and institutional dimensions of political activity and, on the other, it expressed a crisis of citizenship, associated to the state's growing inability to organize the social order. The paper concludes by suggesting that the likely result of this state of affairs is the growing desarticulation of certain forms of collective identification that in the past were part of the idea of citizenship and the emergence of new forms of identification, consumption and social relationships without any reference to the state and the public sphere.